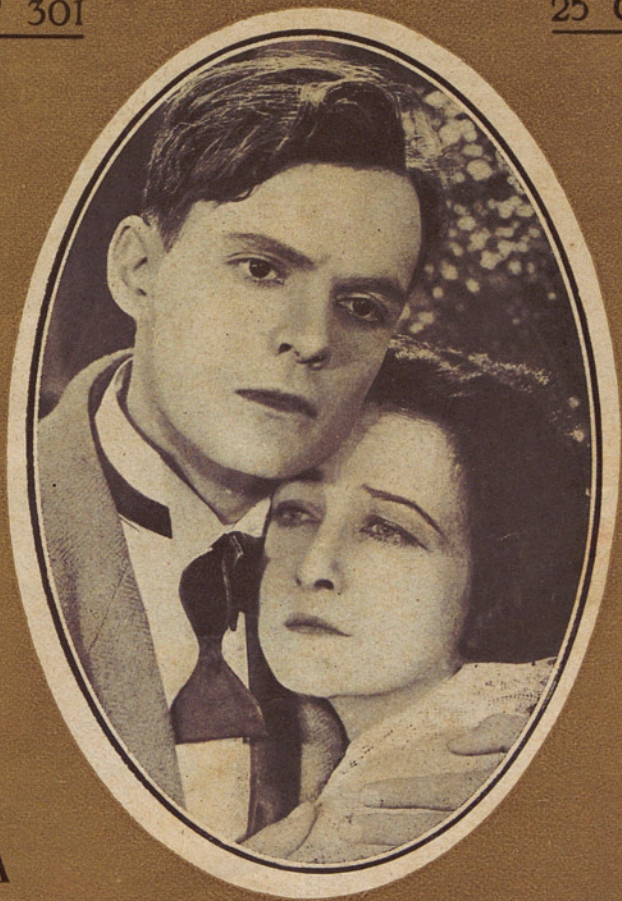


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 301

25 Cts.



LA
GOBERNADORA

FOR
PAULINA FREDERICK

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 301

La Gobernadora

Intenso drama de Hyatt Daab y Weed Dickinson,
genialmente interpretado por la insigne trágica
americana

PAULINE FREDERICK

EXCLUSIVA ESPECIAL
GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
KATHLEEN KEY



LA GOBERNADORA

Argumento de la película

En los Estados Unidos, país de libertades y de feminismo, ante el palacio de la Gobernación, el pueblo de un floreciente estado escuchaba el discurso de salutación del nuevo gobernador.

Gracias a aquella atmósfera de feminismo, no era extraño ver a una mujer elevada al cargo de gobernadora. Era Adela Fenway, la viuda del ilustre político Fenway, joven todavía y de seductora fisonomía, en la que dominaba un rasgo inflexible de fortaleza y de energía. Pero en Adela Fenway, el feminismo no excluía la feminidad, ya que había sido esposa ejemplar, y era entonces madre excelente y activa mujer de su casa.

Mezclado entre el júbilo que pendía, subyugado y sonriente, de los labios de la gobernadora, se hallaba Roberto Fenway, su hijo, que se sentía orgulloso de su madre, y que, embebecido también en sus palabras, no se daba cuenta de que hundía repetidas veces el pie en un charco.

Fué Adela la que lo observó, en medio de su discurso, sin poder retener un gesto de disgusto y de angustia.

Desde hacía cuarenta años, Samuel Spiney era portero del palacio de la Gobernación. Su edad le hacía refractario a todas las innovaciones, y por esto no podía ver con buenos ojos que una mujer usurpase un puesto que, durante siglos, fué de la exclusiva pertenencia de los varones.

Por esto cuando llegó uno de los reporters del periódico más importante de la ciudad, preguntándole:

—¿Qué le parece a usted la elección de la gobernadora? Los lectores quieren conocer su opinión.

El buen viejo contestó enfurruñado, mirando a su fiel "bull-dog":

—Pregúnteselo a Aníbal... El, como yo, opina que las mujeres no deben gobernar más que su casa.

Entretanto llegaba al palacio de la Gobernación Ricardo Palmer, que era, desde hacía muchos años, el mejor amigo de la familia Fenway. En su amistad, no obstante, palpi-

taba un amor callado y respetuoso por Adela.

Ella entraba, fatigada, pero optimista. Le saludó cordialmente y le dijo, riéndose y señalándole en su despacho una caja de habanos:

—Vaya fumando, si puede, uno de esos cigarros que he adquirido para sacudirme a los visitantes inoportunos... Yo tengo que estrechar muchas manos, todavía.

Palmer se retiró, pero en aquel momento venía Roberto Fenway, entusiasmado y contento, a abrazar a su madre.

Adela le miró raramente. Y contestó a la interrogación de los ojos del joven, con una severa mirada a su zapato mojado y enlodado.

—Vaya usted a cambiarse de calzado inmediatamente, señor — ordenó la gobernadora.

Pero ante la asustada expresión de su hijo, se echó a reír y lo recibió amorosamente en sus brazos.

Luego salió al vestíbulo, donde debía recibir el saludo de algunas amistades, y no bien hubo abierto la puerta, que una nube de operadores y de fotógrafos enfocó a la nueva gobernadora.

Los visitantes que acudían a estrechar la mano de la primera figura del Estado, eran infinitos. Adela tenía ya la mano crispada y molida, cuando llegó la joven Marina Lee, novia de su hijo, aunque de sus relaciones no

tenían las familias noticia *oficial* acompañada de su padre.

—Pueden ustedes pasar — dijo la gobernadora haciéndole un malicioso guiño a Marina—. Roberto está dentro.

En el salón, Adela se encontró con Jaime Dorton, senador del Estado y hombre de pocos escrúpulos, que con la aquiescencia de todos los gobernadores que habían desfilado por aquel edificio, se dedicaba a pescar peces gordos en las aguas turbias de la política.

—¡Buen discurso, señora gobernadora! — saludó sonriendo hipócritamente—. Sólo que me ha hecho comprender que nuestra concordia va a ser un poco difícil.

—Eso según a cuál de nosotros le interese más la concordia...

Dorton se mordió los labios, inclinóse y se fué. Entonces, Adela penetró en su despacho sacudiéndose la mano.

Palmer, que la estaba aguardando, la contempló afablemente.

—¿Qué diría el pobre Juan, su marido, si viviese y viese a su esposa convertida en gobernadora del Estado? — observó mientras miraba el retrato del eminente político.

—Diría que mi sitio era el hogar, y me obligaría a dejar el cargo a toda prisa.

Hubo una pausa. De pronto Palmer tomó las manos de Adela y suspiró:

—Yo ya sé que ningún hombre puede aspirar a ocupar en su corazón el sitio de su

marido... pero déjeme esperar... ¿Qué sería la vida sin esperanza?

Y levantándose rápidamente, abrió la puerta para irse. Tras ella aparecieron abrazados y unidos en un beso intenso, apasionado, Roberto y Marina.

Sorprendida y herida en su amor maternal del que desertaba su hijo para pasarse al campo del amor de su novia, Adela les miró severamente largo rato.

La pareja, expectante y ansiosa, dependía del más leve movimiento de la gobernadora, que vencida al fin por el eterno pecado de la juventud abrió sus brazos a Marina, murmurando:

—Me alegro mucho, hija mía... Desde luego, yo ya lo sospechaba hace tiempo...

Roberto se reunió con ellas, y sus besos le supieron a la gobernadora a amargor de despedida...

**

El Athletic Club era el punto de reunión del senador Dorton y sus satélites.

Frente a la mesa de billar, Bernardo Blake, el hombre de confianza de Dorton, insinuó:

—Usted ha encontrado el camino llano durante largo tiempo, Dorton... pero adivino que ahora vamos a tener que salvar muchos obstáculos.

—¡No hay cuidado! Comprenderá usted que no me va a ser más difícil dominar a una gobernadora que a un gobernador...

—¡Quién sabe! Cuando a una mujer se le mete una cosa en la cabeza, se sale con ella por encima de todo.

Y Blake tiró una carambola, mirando despreciativamente a Pancho Collins, un desequilibrado matón profesional, mezcla de lobo y de reptil, que era el secuaz de Dorton.

Entretanto, Roberto Fenway entraba en el despacho de la gobernadora, y preguntaba por ella a la camarera que de espaldas a él quitaba el polvo del escritorio. La camarera no respondía y Roberto, impaciente, insistió:

—¿Es usted sorda? ¿Dónde está la señora?

Entonces la mujer volvióse levantando la cabeza y Roberto, asombrado, vió a su madre.

—Mientras pueda moverme, mi despacho no lo limpiará nadie más que yo... Me horripila pensar que alguien me revolviere mis papeles — declaró la gobernadora volviendo de nuevo a su tarea.

Marina Lee entró en el despacho enarbolando una hoja de una revista donde aparecía el proyecto de un precioso chalet de campo, que mostró a su novio, exclamando:

—¿Verdad que sería la casita ideal para nuestro nido?

Adela tomó la fotografía y la examinó complacida, mientras su hijo decía abrazando a Marina:

—Nosotros tendremos una igual cuando yo consiga introducir en el mercado mi canoa.

Una visita inoportuna turbó la intimidad de la familia; la comisión del Senado venía a entrevistarse con la nueva gobernadora.

Jaime Dorton, en el vestíbulo, declaraba a sus acompañantes:

—Pueden estar ustedes seguros de que no me dominará ninguna mujer, por mucho talento y mucha energía que tenga.

Rápidamente, Adela Fenway se despojó de sus delantales y su cofia, y recibió a los senadores.

—Señora — empezó Darton, echando una mirada de inteligencia a sus compañeros—, nosotros deseamos saber si tiene usted que hacer algún reparo a la concesión del servicio de agua del Estado a nuestro grupo.

—¡Esta concesión no se otorgará nunca, señor Dorton! — dijo firme y resueltamente la gobernadora.

Dorton replicó, irritado:

—¡Yo conseguiré, pues, esa concesión, aunque tenga que recurrir a medios extremos!

—¡Y yo lo impediré, aunque a medios extremos tenga que recurrir! ¡Estoy dispuesta hasta a meter en la cárcel, sin consideración ninguna, al que intente malversar los fondos públicos!

Dorton, tembloroso de rabia se dirigió a los senadores:

—Nada más hay que añadir, señores... Toda discusión es inútil.

—Tiene usted razón, senador Dorton — corroboró Adela—. Toda discusión es inútil, cuando se intenta perjudicar al Estado que represento.

Dorton se retiró furioso, y al llegar al club prorrumpió en imprecaciones y en amenazas de venganza:

—Por lo visto, la gobernadora quiere guerra; ¡pues guerra tendrá!

Pancho Collins, al oír esto se acercó al senador y propuso:

—Si usted me lo paga bien, yo encontraré el medio de comprometer gravemente a esa señora...

Vivamente regocijado Dorton aceptó, y Collins empezó a exponerle sus infames proyectos.

Entretanto, el redactor del gran rotativo local, se presentaba de nuevo al viejo Spiney, el portero de la Gobernación, y le decía:

—Aquí me tiene usted otra vez, amigo mío. Mis lectores quieren volver a conocer su opinión sobre las mujeres políticas...

El anciano, que se hallaba profundamente abatido, rehusó:

—No estoy ahora para dar opiniones... Mi perro... mi mejor amigo... me ha abandonado... Ya sabía yo lo que haría... Aníbal nunca transigió con las faldas en esta casa...

En aquel momento se detuvo ante el pala-

cio el coche de la gobernadora, y de él descendió Adela, llevando cuidadosamente en sus brazos al "bull-dog" de Spiney.

El buen portero, asombrado, tembloroso, se adelantó a recibir a su queridísimo amigo.

—Desde la ventana ví que un coche lo atropellaba, y entonces, como usted no estaba, lo llevé a casa del veterinario... Creo que su estado no es grave.

El pobre viejo estaba intensamente trastornado y conmovido.

—Señora — balbució—, nunca olvidaré esta acción...

—Lléveselo a su casa, Samuel — dijo la gobernadora sonriendo—, y hágale compañía hasta que esté bien del todo.

El periodista acercóse a Adela y le dijo:

—Acaba usted de proporcionarme asunto para una crónica, señora... Se titulará: "La gobernadora conquista al último de sus rebeldes".

Después se acercó al anciano portero, que acariciaba lleno de emoción a su Aníbal y le preguntó:

—Y ahora, Spiney, ¿qué tiene usted que decir contra las faldas?

—¡Yo nunca dije una palabra contra las faldas! ¡Si siempre hubiera habido mujeres gobernadores, todo estaría mejor de lo que está!



Pasaron los días, y los esponsales de Roberto y Marina, se celebraron en estricta intimidad. Reunidos en la mesa familiar, después de la comida, Adela insinuó a sus hijos:

—Voy a haceros un buen regalo de boda... debéis adivinarlo...

—¿Un coche nuevo? — aventuró Roberto.

—No...

—¿Un servicio de mesa? — apunto Marina.

—No...

A su indicación el criado retiró el ramo de flores que ocupaba el centro de la mesa, y debajo apareció una maravillosa casa rústica en miniatura.

Los dos muchachos, deslumbrados, preguntaron:

—¡Oh, mamá! ¿quieres decir que nos regalarás una casa como ésta?

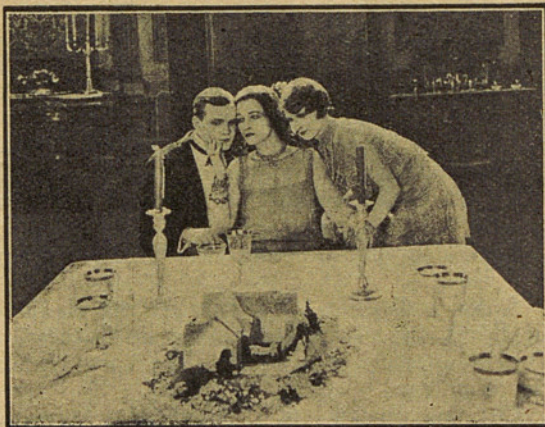
—Sí, hijos míos.

Roberto y María se precipitaron a inundarla de caricias.

Pero en aquellos momentos de intensa felicidad, la traición acechaba en la sombra... Jaime Dorton acababa de llegar al palacio, acompañado de Loló Martín, una aventurera que el miserable senador se proponía utilizar

par llevar a cabo los planes de su subordinado Collins.

Cuando Adela Fenway entró, Dorton dijo sonriendo maquiavélicamente:



—¡Oh, mamá! ¿Quieres decir que nos regalar una casa como esta?

—No creo que conozca usted a la primera esposa de su marido... Tengo el gusto de presentársela.

—No me sorprende — repuso fríamente Adela, saludando con una inclinación de ca-

beza a la cómplice de su enemigo—. Sabía que mi marido estuvo casado y divorciado.

—Perdón, divorciado no — intervino Loló Martín—. Me abandonó y olvidó esa "pequeña formalidad".

Molestada, pero inalterablemente tranquila, la gobernadora insistió:

—Esto me parece absurdo, Dorton... Voy a probarle ahora mismo que existió el divorcio.

Hizo llamar a su amigo Ricardo Palmer, y le explicó la extraña presión de los visitantes. Palmer, sereno y firme, sostuvo:

—Es ridícula la acusación de ustedes, señores. Yo conocí a Juan Fenway toda su vida y sé perfectamente que estaba divorciado.

—Desgraciadamente, no existe ninguna prueba de este divorcio — observó maliciosamente Dorton—. Vea usted, señora gobernadora, cómo se encuentra, en la lamentable situación de no saber qué nombre darle a su hijo...

Adela se estremeció de terror a estas palabras. Palmer, fuertemente indignado quiso intervenir por la violencia, y entonces Dorton se dispuso a defender sus infames argumentos.

—No, no siga usted — dijo Loló altivamente—. Yo puedo probar mi situación legal, cosa que no puede hacer la señora.

Pero Dorton se aproximó a la angustiada Adela y propuso:

—Ahora bien, señora: si usted quiere llegar a un acuerdo conmigo, estoy seguro de con-

seguir que la señora Fenway guarde el secreto.

—¡Usted es un miserable! — gritó Palmer fuera de sí—. Lo que usted realiza es un odioso "chantage" que no castigo inmediatamente por respeto a esta casa!

La gobernadora alzó dignamente la bella y noble cabeza y pronunció:

—¡Oígalo de una vez para siempre, Dorton: ¡yo no engaño al pueblo que me dió su confianza!

Dorton y Loló Martin se dispusieron a salir, pero antes, el canalla senador murmuró al oído de Adela:

—No olvide que un gobernador en la posición de usted es destruído muy fácilmente.

En el vestíbulo se encontraron unos señores que venían a visitar a Adela, y Dorton inició allí mismo su pérvida campaña:

—¿Están ustedes esperando a la gobernadora?... Precisamente vengo de hablarle acerca del pasado de su marido... un pasado muy poco edificante... Mañana será público que el estado cometió un gran error al elevar al más alto cargo a una mujer que ni siquiera tiene derecho a usar el nombre que lleva.

Y entretanto, en el despacho, Ricardo Palmer intentaba calmar la excitación de la señora Fenway.

—Estoy seguro de que esa gente miente fundándose en la falta de pruebas... Voy a ha-

cer que mi abogado, que es hombre listo, vea de conseguir el certificado de divorcio.

Palmer se retiró, y al encontrarse sola Adela vió encima de su mesa esta tarjeta:



—...¡Lo que usted realiza es un odioso "chantage" que no castigo inmediatamente por respeto a esta casa!

Javier Lee tiene el honor de invitar a usted a la boda de su hija Marina con el joven Roberto Fenway, acto que se celebrará el viernes, 18 de junio de 1926, a las 8'5 de la noche, en el domicilio de los Lee.

La gobernadora se llevó las manos a la cabeza. ¿Qué iba a ser de todos estos proyectos?

Y en el Athletic, Dorton entregaba a Pancho Collins un pliego de billetes, diciéndole:

—Tendrás el resto cuando me entregues el certificado del divorcio. Si esa prueba llega a manos de ellos, todo está perdido.

Pancho Collins, un poco contrariado, se levantó. En seguida, Blake fué a su encuentro exigiéndole la división de sus ganancias.

—¡Déjeme usted, Blake!... —gritó Collins nerviosamente—. ¡Este dinero es mío... no tengo que darle a usted la mitad porque lo he ganado yo solo!

—¡Imbécil! ¿No sabes que puedo meterte en presidio cuando quiera? —replicó Blake, amenazadoramente.

En aquel instante se presentó el hijo de la gobernadora, preguntando por Dorton.

Blake le tomó del brazo diciéndole:

—Dorton estará aquí dentro de unos minutos, Fenway... Vamos a echar unas carambolas mientras espera.

Y sin dejarle protestar ordenó al camarero:

—Traiga el taco del señor Fenway.

Roberto cogió violentamente el taco, pero en aquel momento llegó el senador que se quedó aterrado ante el hijo de Adela Fenway. Este se precipitó hacia él y rugió:

—¡Vengo a pedirle explicaciones por esa

mentira que propala usted por ahí, acerca de mi madre!

Dorton se desasíó brutalmente de las manos del joven, y le pegó un puñetazo. Pero Roberto Fenway, cuyos músculos se hallaban excitados por la indignación, contestó con otro. Inmediatamente Blake y Dorton se le echaron encima, mientras el muchacho se defendía vigorosamente, haciendo caer escaleras abajo su taco de billar.

Pancho Collins, aterrado ante el cariz que tomaba la contienda, bajó al teléfono y llamó al palacio de la Gobernación, mientras Blake rodaba por las escaleras, bajo el puñetazo de Fenway.

Samuel Spiney acudió al aparato, y entonces Pancho gritó:

—Dígale a la gobernadora que un amigo quiere hablar con ella... es personal e importante...

E inmediatamente, el buen Samuel Spiney empezó a percibir ruidos y palabras extrañas por el auricular, hasta que de la central le dijeron:

—Cuelgue el aparato, haga el favor. El que llamaba se ha ido.

En efecto; la cabina del Athletic Club estaba desierta y delante de ella yacía el cadáver de Bernardo Blake, entre los pedazos del taco de Roberto Fenway.

Al poco rato, el joven llegaba a su casa.

Inquieta, Adela lo retuvo en sus brazos preguntándole angustiada:

—¿De dónde vienes?

—Fuí a ver a Dorton para pedirle explicaciones por su mentira.

—Has hecho mal, Roberto — gimió la torturada madre—. Yo hubiera deseado verte alejado de ese asunto.

—Pero, ¿voy a consentir que se propague esta calumnia?... ¿Voy a ver impasible que se diga que tú no tienes derecho a usar el nombre de mi padre?

—Es una calumnia, es verdad... pero son armas políticas, hijo mío.

—¡Armas infames! ¡Oh, por qué no he matado a este canalla!

De repente, los ojos de Roberto, fijos en la puerta, quedaron inmóviles de espanto. Adela volvió la cabeza y vió al juez, que saludando levemente declaró:

—Vengo a detenerle, Roberto Fenway. Se le acusa de haber dado muerte a Bernardo Blake.

—¡Te juro que no es cierto, mamá!... — protestó horrorizado el joven—. Yo le di un puñetazo, pero no pude haberle matado.

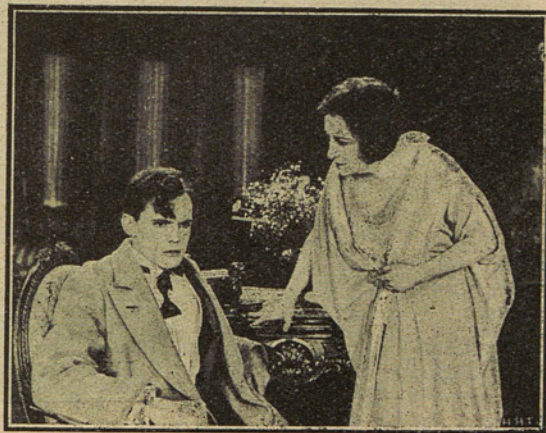
Dos policías se apoderaron de él. La gobernadora se arrojó sobre ellos y gritó dolorosamente, enloquecida de pena:

—¡No, no se lo lleven ustedes! ¡Mi hijo no puede haber cometido un asesinato!

—Vamos, mamá — consoló él ante el deses-

pero maternal—, sé razonable... Pronto estaré libre, puesto que se probará en seguida mi inocencia.

Pero pasaron días, interminables de espera,



—Fuí a ver a Dorton para pedirle explicaciones por su mentira.

lentos e inacabables, y Roberto no volvía al lado de su madre.

Y Palmer confesaba, acongojado, a la gobernadora:

—¡Dorton ha trabajado bien! El certificado del divorcio de Juan ha desaparecido.

—¡Eso no me importa ahora!... — vibró



—¡No, no se lo lleven ustedes! ¡Mi hijo no puede haber cometido un asesinato!

Adela—. ¡Es mi hijo... mi niño... lo que me importa! ¡Todas las apariencias le condenan! ¡Ricardo! ¿qué va a ser de él si lo encuentran culpable?

Otra alma de mujer sufría también en si-

lencio... Era la novia, Marina, que contemplaba llena de dolor y de ternura la maqueta de la casa ofrecida por la madre de su amado para regalo de bodas, sintiendo que sus ilusiones caían sobre ella como una lluvia funeral...

Mientras tanto aprovechando la falsa posición de la gobernadora, los partidarios de Dorton la atacaban en el Senado, buscando con toda clase de insidias y protestas su destitución.

Por fin llegó el día de la vista de la causa contra Roberto Fenway.

La gobernadora, profundamente atormentada por los padecimientos de la separación y de la ansiedad, escuchaba anhelante junto con Ricardo Palmer, al lado de su hijo.

El fiscal ordenó al testigo Dorton:

—Tenga la bondad de explicar al Tribunal lo que sucedió la noche del crimen, senador.

—El drama se inició, en realidad, cuando yo fui a ver a la gobernadora para demostrarle que nunca había estado casada legalmente.

El defensor se levantó, recomendando serenidad a Adela y a su hijo, y protestó de las palabras del testigo. Pero el fiscal rebatió:

—Contra el juicio del señor defensor, yo creo que ahí está, precisamente, el móvil del crimen. ¿Quiénes estaban en el club aquella



Otra alma de mujer sufría también en silencio...

noche? — continuó dirigiéndose a Dorton.

—Que yo recuerde: Pedro Murphy, Jacobo Dean, Blake y... Pancho Collins.

A este nombre, el viejo Samuel Spiney, que se hallaba también en la sala, acompañado de

su inseparable Aníbal, acudió al lado de Palmer y le dijo:

—Yo oí por teléfono cosas muy raras, aquella noche... ¿No habría medio de saber quién pidió la comunicación?

Pero los ujieres le sacaron de la sala, al descubrirle el perro. Palmer salió tras él.

Cuando subió a declarar el segundo testigo, el fiscal preguntó:

—Doctor, en su opinión, ¿qué fué lo que produjo la muerte de Blake?

—El haber sido golpeado repetidas veces en la cabeza con un objeto duro y pesado.

Marina, que asistía también al proceso, exclamó dirigiéndose a su padre:

—Entonces, Roberto no pudo haber sido, ¿verdad, papá?

El fiscal tomó un taco de billar partido en dos pedazos y se lo mostró al médico:

—El objeto a que usted se refiere, ¿puede haber sido esto?

—Creo que, en efecto, esta fué el arma que mató a Blake.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque ese taco fué encontrado al lado del cuerpo de Blake. Yo mismo lo vi.

El fiscal, después de estas palabras mostró al juez la inscripción del taco, en la que se leía: Roberto Fenway.

Poco después se suspendía la sesión para dar lugar a la deliberación del Tribunal.

Adela se abrazó a su hijo y sollozó:

—Roberto, Roberto, ¿por qué no nos dijiste nada de ese taco?...

—No sé a qué se refieren... Te juro que yo no le pegué a Blake con él.

El defensor, preocupado, exclamó:

—Es lástima que no hayamos oído hablar de ese taco hasta ahora...

La gobernadora, desesperada, se abrazó, llorando, a su hijo.

Marina Lee se acercó acompañada de su padre y sonrió al muchacho, que desprendiéndose de los brazos de su madre, se levantó y fué hacia ella.

—Ten valor, Roberto — dijo Marina mirándole dulcemente—, yo estoy segura de tu inocencia...

Mientras tanto, Samuel Spiney y Ricardo Palmer se habían dirigido a la central para saber quien fué el comunicante misterioso de aquella noche.

—¿No hay entre los abonados un tal Collins? — preguntó Spiney.

—Sí; el nombre de Francisco Collins figura en la lista de abonados... — contestó la telefonista—. Lo recuerdo más porque en la noche a que ustedes se refieren dejó descolgado el auricular.

Los dos hombres se miraron satisfechos; habían cogido, por fin, el cabo de la madeja.

Pero siguieron sesiones y más sesiones del proceso, y cada vez las apariencias condenaban más a Roberto Fenway.

Ahora era el acusado el que se sentaba en el sillón de los testigos.

El fiscal le mostró los dos pedazos de su taco, y le preguntó mirándolo inquisitorialmente:

—Usted tenía este taco en la mano, al empezar la lucha con Blake, ¿verdad?

—No; lo dejé apoyado en la pared, cerca de las escaleras, arriba en la sala de billares.

—Entonces, ¿cómo se explica usted que haya sido encontrado al pie de las escaleras?

—No lo sé.

El fiscal meditó un momento. Luego, insistió, agudamente:

—Dice usted que Blake estaba al pie de la escalera cuando usted salió del club?

—No; estaba levantándose al lado de la puerta.

El acusador rió sarcásticamente:

—¿Y quiere usted hacer creer al Jurado que arroja usted a un hombre por las escaleras abajo, de un puñetazo, que ese hombre se levanta tranquilamente, que usted pasa por su lado y que la pelea no se reanuda?

Roberto, extenuado, medio loco, quiso protestar, pero el fiscal, continuó implacable:

—Lo que se deduce de su declaración es que usted vió a Blake levantarse al pie de la escalera, y deliberadamente, le pegó con el taco hasta matarlo.

Roberto, agotado, no podía más. Adela se levantó violentamente y clamó:

—¡Eso no se puede tolerar, señor presidente! ¡Eso es obligar a mi hijo a confesar lo que ni siquiera pasó por su imaginación!

El fiscal se acogió al presidente:

—¡La ley es la ley y sus representantes son sagrados! ¡Intervenciones como ésta no pueden tolerarse aunque procedan del más alto poder del Estado!

—¡Yo no soy ahora la gobernadora, sino la madre que defiende a su hijo! Y yo sé que mi hijo es incapaz de semejante crueldad.

Luego apeló a todas las madres que se hallaban en la sala:

—Todas las madres saben cuándo sus hijos dicen la verdad, y por eso yo sé que el mío no me engañó... Estoy absolutamente segura de su inocencia.

Después cayó exánime en la silla, apretándose contra Roberto.

Horas largas, como siglos, duró aún el desfile de testigos, y al fin el jurado se retiró a deliberar.

Entretanto, Dorton telefoneaba a Collins, pidiéndole:

—Necesito ese certificado del divorcio inmediatamente.

—Tráigame el resto del dinero y se se lo entregaré — contestó Pancho.

En la Audiencia se iba a pronunciar el veredicto. Y a aquella misma hora, mientras la gobernadora al lado de su hijo pendía de su destino, en el Senado sus enemigos habían

conseguido la realización de sus infames proyectos, viendo fructificar sus miserables calumnias.



—*¡Yo no soy ahora la gobernadora, sino la madre que defiende a su hijo!...*

Levantóse el presidente y preguntó al Jurado:

—¿Se han puesto ustedes de acuerdo sobre el veredicto?

—Sí.

—¿Encuentran ustedes al acusado, culpable o inocente?

Adela Fenway protegió contra su pecho el terror convulso de su hijo. Y la respuesta del Jurado cayó sobre ellos como un mazazo fatal:

—Lo encontramos culpable.

La gobernadora se levantó como impulsada por un resorte, y gritó:

—¡Todo esto es una gran injusticia! ¡El veredicto es una equivocación!...

Se pasó la mano por la frente febril y añadió, enérgicamente:

—Pero afortunadamente, este estado me ha investido de poder para perdonar a los reos, y yo, en este caso, al otorgar el perdón a mi hijo, no realizaré un acto de caridad, sino de justicia. En el momento en que el Tribunal pronuncie la sentencia, yo pronunciaré el indulto.

Un gran vocerío venido de la calle, que se iba acercando progresivamente, atrajo la atención de los presentes. Adela Fenway fué la primera en percibir la noticia terrible que iba corriendo por todos los ámbitos de la ciudad.

—¡El extra! ¡El extra! ¡Con la destitución de la gobernadora Fenway!

Instintivamente, madre e hijo se abrazaron con el supremo esfuerzo del náufrago que ve romperse el cable que lo ataba a la salvación, y queda solo en el abismo.

El presidente declaró:

—La sentencia se leerá mañana por la mañana. Se levanta la sesión.

Al día siguiente, mientras desayunaba en su buhardilla, Collins tuvo la maligna satisfacción de leer en el periódico:

Roberto Fenway es declarado culpable. Mañana se hará pública la sentencia.

Llamaban a la puerta. Pancho dejó el diario y fué a abrir preguntando antes:

—¿Es usted, Dorton?

—Sí, abra — respondió Ricardo Palmer, que llegaba acompañado de dos agentes de policía y de Samuel Spiney.

Cuando Collins se encontró ante ellos quiso escaparse huyendo por la ventana; pero otra pareja de policías le detuvo.

Palmer le dijo, cuando se lo trajeron:

—La noche que mató usted a Blake cometió un pequeño olvido que le costará caro: dejó usted descolgado el auricular del teléfono.

—Yo oí perfectamente gritar a Blake: “¡Basta, Collins, que vas a matarme!” — intervino Spiney.

—¡No me hagan nada! — imploró el desgraciado—. Yo les diré cómo lo hice... Fué Blake quien me provocó. Yo salí de la cabina y cogiendo uno de los dos pedazos en que

se había partido, al caer escaleras abajo, el taco de Roberto Fenway, le golpeé hasta matarlo. Después tiré el taco y huí... ¡Perdón, perdón!

Inmediatamente, Ricardo telefoneó a la Audiencia, comunicando:

—¡Roberto está salvado! Tenemos al asesino de Blake en nuestro poder!

Dorton acababa de llegar a la buhardilla de su cómplice. Sorprendido y asustado iba a retirarse, cuando Ricardo, cogiéndolo por las solapas le dijo:

—Dorton; usted y yo tenemos una cuentecita que arreglar...

Y quitándose la americana, propinó al miserable, el premio que merecía su cobardía y su maldad. Pero antes de soltarlo, Palmer le obligó a confesar el paradero del certificado del divorcio de Juan Fenway.

*
**

La verdad fué ampliamente proclamada, y el Estado, unánimemente reeligió a su gobernadora. Adela Fenway, recobrados felicidad y honor, pudo consagrar algún tiempo a los goces íntimos de la existencia.

Aquella tarde, al apearse, acompañada de Ricardo Palmer, de su coche, ante la deliciosa casita de campo que tanto habían anhelado Roberto y Marina, exclamó riendo:

—Había olvidado mis planos...

—¿Qué planos son? — preguntó su hijo—.

—De alguna obra pública?

—No, señor. De una obra particular.

Y añadió, mirando amorosamente a su leal amigo y abrazando a sus hijos:

—Ricardo y yo vamos a ser vuestros vecinos, porque pensamos también casarnos muy pronto y queremos también tener nuestro nido...

Y alegres y unidos, sintieron que la Felicidad iba a ser entonces su verdadera morada.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

CUANDO AMA UNA MUJER

por MAE BUSCH, OWEN MOORE, ETC.

Postal-fotografía-regalo: MAXIME ELLIOT

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

MAÑANA APARECERÁ

¡ UN ACONTECIMIENTO !

constituido por el libro 98 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

Por fin se casa Zamora

por el guardameta nacional

RICARDO ZAMORA

Todo Barcelona leerá el argumento de esta película, en que el gran «équipier» se nos revela como excelente artista de la pantalla.

—
Numerosas fotografías de la película.

Retrato a todo color en la portada.

NO DEJE VD. DE COMPRAR MAÑANA MISMO

POR FIN SE CASA ZAMORA

¡ ÉXITO DESCONTADO !

UNA BUENA NOVELA

EL JUDÍO ERRANTE

por **GABRIEL GABRIO**

EDICIONES ESPECIALES

de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

**Pida
detalles
a**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona